



rencillas y rivalidades de localidad se hallaban muy arraigadas para que desde luego pudieran extinguido por completo, fneron despues dándose gradualmente al olvido, bajo la influencia de un gobierno comun y de la comunidad de intereses. Un sentimiento más noble penetró en el espíritu del pueblo, que, en sus relaciones extrajeras por lo ménos, tomó la actitud de una gran nacion: los nombres de castellanos y aragoneses, desaparecieron bajo el más comprensivo de españoles, y España, con dominios que se extendian por tres partes del mundo, y que realizaban casi el jactancioso dicho de que el sol nunca se ponía en ellos, se elevó ahora, no ya á la primera clase, sino á la primera entre todas las potencias europeas.

Las circunstancias extraordinarias que rodearon al país hicieron naturalmente que se alimentasen en él las elevadas y novelescas prendas y los romancescos y algun tanto exagerados sentimientos que siempre resaltaron en el carácter de la nacion. La edad de la caballería no habia concluido todavia en España como en muchos otros países; alimentábase en los tiempos de paz en los torneos, justas y otras belicosas diversiones que adornaban la córte de doña Isabel, y resplandeció, como hemos visto, en las campañas de Italia bajo Gonzalo de Córdoba, habiendo ántes mostrado toda su magnificencia en la guerra de Granada. «Fué ésta una guerra noble, dice Navagiero en un pasaje que por su oportunidad debe citarse, en la cual, como se hacia comparativamente poco uso de las armas de fuego, cada uno de los caballeros podia mostrar su esfuerzo personal, y raro era el dia que pasaba sin que ocurriera algun hecho de armas ó valerosa hazaña. Todos los nobles y caballeros del país acudian á ganar renombre en ella: la reina doña Isabel, que la presenciaba rodeada de toda su córte, infundia aliento en los corazones de todos, y apenas habia un caballero que no tuviera amores con una ú otra de sus damas, testigo de sus proezas, y que al presentarle sus armas ó alguna otra señal de su favor le advertía que se condujera como buen caballero, y que mostrara la fuerza de su

»amor en sus valerosos hechos. ¿Qué caballero »habria tan cobarde, exclama el caballero »veneciano, que no pudiera competir con el »más fuerte adversario, ó que no prefiriera mil »veces perder su vida á volver deshonorado á la »presencia de su dama? Con verdad puede decirse, concluye el viajero Italiano, que esta »conquista más bien se llevó á cabo por el »amor que por las armas.»

El español entónces era un caballero andante, en toda la extension de la palabra, que se lanzaba á buscar aventuras en mares no surcados jamás por nave alguna, y en islas y continentes jamás vistos por hombres civilizados, y que la imaginacion poblaba con todas las maravillas y terribles encantos de los romances caballerescos, y arrostraba el peligro bajo todas sus fuerzas, combatiendo en todas partes y triunfando siempre. La misma muchedumbre de enemigos que le oponian los indenfensos naturales entre quienes llegó á encontrarse, «mil de los cuales no equivalian á tres españoles,» segun la frase de Colon, era en sí misma, propia y significativa de su profesion, y las brillantes fortunas que alcanzó muchas veces el más humilde aventurero, ya conquistando con su bien templada espada algun país de riquezas sin cuento, mayores que la imaginacion soñara, ya derrocando alguna antigua dinastía de bárbaros reyes, eran cosas tan extraordinarias como las más extravagantes ficciones que jamás cantara Ariosto ó que haya Cervantes satirizado.

Sus compatriotas, que permanecian en el reino alimentándose ansiosos con las relaciones de sus aventuras, vivian tambien, puede decirse, en una atmósfera igualmente romancesca, y penetró hasta en lo más recóndito de la nacion un espíritu de caballeresco entusiasmo, que llenó de elevados pensamientos áun á los de más humilde cuna, y creó en ellos una orgullosa conviccion de su dignidad natural. «El noble carácter de los españoles, dice un contemporáneo extranjero, me agrada mucho; así como tambien el fino trato y elevado lenguaje, no sólo de las clases privilegiadas, sino áun de la gente comun de las ciudades y los campos, y hasta del sencillo labrador.» ¿Qué



tiene, pues, de extraño que tales sentimientos fuesen incompatibles con los hábitos sobrios y metódicos que exige el comercio, ni el que la nacion, entregándose á ellos se apartara de la más humilde senda de la industria nacional, para lanzarse por la más atrevida y brillante carrera de las aventuras? Estas consecuencias se vieron con toda claridad en el reinado siguiente.

Al referir las circunstancias que contribuyeron á formar el carácter nacional, sería imperdonable que omitiéramos el establecimiento de la Inquisicion, que contrapesó en tanto grado los beneficios que produjo el gobierno de doña Isabel; institucion que ha paralizado más que otra alguna la resuelta marcha de la razon humana; que, al imponer la uniformidad en las creencias, ha sido copiosa fuente de hipocresía y supersticion, y que ha emponzoñado los dulces manantiales de la caridad humana, y posándose cuál espesa niebla sobre aquél fértil país, sofocó los gérmenes de la ciencia y de la civilizacion áun ántes de que llegasen á brotar enteramente. ¡Qué desgracia que semejante desventura haya caído sobre tan noble y generoso pueblo! ¡Qué desgracia que sobre él la atrajera una reina como doña Isabel, cuyo carácter era todo pureza y patriotismo! ¡Cuánto ha debido padecer su virtuoso espíritu, si es lícito á los buenos contemplar desde la otra vida los resultados de sus afanes en ésta, al considerar la miseria y degradacion moral á que llegó el país por este solo acto de su gobierno! Tan cierto es que las medidas de esta gran reina han ejercido una influencia permanente, así para el bien como para el mal, sobre los destinos de su país.

El daño que causó inmediatamente á la nacion el espíritu de fanatismo en el reinado de D. Fernando y doña Isabel, aunque se han exagerado mucho, fué indudablemente bastante grave; pero sin embargo, la benéfica accion de su gobierno, desarrollando las saludables y poderosas facultades de la nacion, fué suficiente para curar éstas y otras más profundas llagas, y para hacerla seguir adelante en la carrera de la prosperidad. Con efecto, bajo su impulso la España continuó avanzando más y

más, á despecho del sistema de mal casi puro que se siguió en los reinados posteriores, y las glorias de éste último período, del siglo de Carlos V, como le llaman, tienen por verdadero origen las medidas de sus ilustres predecesores.

En la córte de éstos fué donde se educaron Boscan, Garcilaso, Mendoza y otros genios que modelaron la literatura castellana bajo las formas más nuevas y clásicas de los tiempos posteriores; en la escuela de Gonzalo de Córdoba se formaron Leiva, Pescara, y aquellos grandes capitanes que con sus invencibles legiones, pusieron á Carlos V en estado de dar la ley á la Europa entera durante medio siglo, y Colon fué, no sólo el que abrió el camino, sino tambien el que animó á los navegantes españoles á sus empresas, inspirándoles el espíritu de los descubrimientos. Apenas habia concluido el reinado de D. Fernando, cuando Magallanes llevó á cabo los proyectos de este monarca, circunnavegando el continente meridional en 1520; cuando las victoriosas banderas de Cortés penetraron en 1518 en los dorados reinos de Motezuma, y cuando Pizarro, pocos años despues, en 1524, siguiendo las huellas de Balboa, acometió una empresa cuyo resultado fué la caída de la poderosa dinastía de los Incas.

Tan cierto es que la semilla derramada bajo un buen sistema continúa dando frutos áun bajo otro malo; pero sin embargo, la época de resultados más brillantes no es siempre la de la mayor prosperidad nacional, y el brillo de las conquistas extranjeras en el ponderado imperio de Carlos V se compró á muy subido precio por la decadencia de la industria nacional y la pérdida de las libertades pátrias. Poco hallará el verdadero español que halague su corazon en este siglo de oro de la historia de su nacion, cuyos resplandores de gloria en el exterior sólo parecerán á su vista penetrante la brillantez febril de la decadencia: para reanimarse, dirigirá sus miradas á un período anterior, en que la nacion, saliendo del abandono y licencia de una edad de barbárie, parece que recobró su antigua energía, y se preparó con esfuerzos gigantescos á proseguir su car-



raera, y considerando el largo tiempo trascurrido desde entónces, durante cuya primera mitad la nacion se consumió en planes de quiméricas y necias ambiciones, así como quedó sumida en la segunda en el estado más deplo-

rable de insensato estupor, fijará su vista en el reinado de D. Fernando y Doña Isabel, como en la época más gloriosa que ofrecen los anales de su patria.

CAPÍTULO LI

Exámen de la constitucion política de los principales Estados de Europa á principios del siglo XVI.

Mientras las instituciones y acontecimientos que parecian deber dar unas mismas costumbres á los habitantes de Europa, sacándolos de la barbárie á la civilizacion por las mismas sendas, y casi á un paso igual, se atravesaron otros incidentes que produjeron gran diversidad en sus establecimientos políticos, y engendraron aquellas formas particulares de gobierno de que provino tan grande variedad en el carácter y en el genio de las naciones.

El conocimiento de estas últimas ocurrencias no es ménos necesario que el de las primeras. El cuadro que he trazado de las causas y de los sucesos, cuyo influjo ha sido universal, pondrá á mis lectores á tiro de explicar aquella singular semejanza que se advierte en la política interior y en las expediciones militares de los pueblos de Europa. Pero una gran parte de su historia pareceria misteriosa é inexplicable sin una nocion exacta de la forma constitutiva y del carácter de su gobierno civil. Los autores que han escrito la historia de una nacion particular se han propuesto únicamente interesar é instruir á sus compatriotas, á quienes podian suponer enterados cumplidamente de las costumbres é instituciones interiores de su propio país. En consecuencia, han despreciado á menudo entrar sobre esto en pormenores suficientes para dar á conocer á los extranjeros todas las conexiones de los sucesos que exponian. Pero una historia que abraza las revoluciones de tantos países diversos seria imperfectísima sin un exámen preliminar de sus constituciones y de su estado político. En este es-

tudio el lector se imbuirá en principios que podrán hacerlo capaz de juzgar con seguridad acerca del proceder de las naciones.

No se aguarde, sin embargo, encontrar aquí un pormenor circunstanciado de todas las leyes y de todas las formas de gobierno propias de cada pueblo; este exámen arrastraria demasiada detencion. Me contentaré con delinear los grandes rasgos que distinguen y caracterizan á cada gobierno; esto es todo lo que exige la naturaleza de mi obra y todo lo que es indispensable para aclarar los sucesos que me propongo exponer.

El aspecto político de Italia á principios del siglo XVI era bien diferente del de las otras partes de Europa. Mientras el resto del continente se hallaba repartido entre algunas vastas monarquías, la deliciosa Italia estaba dividida en muchos pequeños Estados, cada uno de los cuales gozaba una jurisdiccion soberana é independiente. Se conocia un solo reino en Italia, el de Nápoles. La soberanía de los papas era de naturaleza particular, y nada tenia de comun con ningun gobierno antiguo ni moderno. La forma del gobierno de Venecia y de Florencia era republicana. Milan estaba sometido á unos principes con el título de duques.

El papa era la primera de estas potencias por la dignidad y no la ménos considerable por la extension de sus dominios. Los obispos de la Iglesia primitiva gozaban de autoridad igual. Merecian tal vez alguna consideracion por la importancia de la silla que presidian; pero no poseian otra autoridad ó preeminencia